

Tussaud». La novela de Zamiatin «Nosotros» publicada fuera de Rusia en los años veinte, en inglés, francés y checo, representa al mundo como una sola máquina, cuyos guías son inquisidores. Dentro de esta máquina generalizada, el hombre es una sola pieza. Cada pensamiento suyo se halla bajo el control del Estado e incluso para el amor la burocracia le planifica sus horas y el modo de hacerlo. Creador original del teatro soviético, también utópico, con «La pulga», Zamiatin proclama la absoluta libertad de creación, obra de locos, soñadores, rebeldes y herejes. Algo en total oposición al espíritu del realismo socialista, y que por ello acompaña a los primeros protagonistas de la disidencia y anticipa la agotada etapa que se prolonga hasta hoy de la «disidencia» cultural, la denuncia de los privilegios de la nomenclatura y la lucha de los intelectuales rusos por los derechos del hombre en la nueva NEP cultural.

II

El fenómeno de la disidencia en la Rusia soviética no es, en su propia esencia, un fenómeno político. Se trata de un fenómeno cultural, que tiene sus primeras manifestaciones en las propias tensiones creadoras de la Rusia de primeros de siglo, en pleno auge creador en todos los planos, y en plena crisis social y política disgregadora que ofrece el ambiente propicio para una revolución que no estaba prevista para un país todavía atrasado industrialmente como Rusia. La creación de vanguardia en todos los órdenes, acompaña la revolución de octubre. La mayor parte y lo más original de los hombres de cultura, están comprometidos en ella. Pero los dogmas revolucionarios y el espíritu práctico, antes que nada, de Lenin, no podían convivir a la larga con la libertad creadora en todos los órdenes de la cultura. Para Lenin, Dostoievsky mismo, en su búsqueda de los secretos profundos del alma humana, era «basura». Cultura y política tenían que enfrentarse inexorablemente. Incluso hombres del prestigio de Gorki, ya regimentado en la nomenclatura y aparentemente venerado por los dirigentes políticos incluido Stalin, tienen que enfrentarse con esta situación irreconciliable. Si es destino del Leviathan moderno el de no permitir a la cultura en la edad tecnológica una estrategia propia y una política sólo de la cultura, con mayor razón y con mayor vigor y violencia un Estado que es la exaltación del poder omnímodo de una clase dirigente poco abierta a todo tipo de renovación y apertura, como el Estado salido de las manos de Lenin y manejado por los puños de hierro de Stalin, no podía renunciar a una radical «política de la cultura». Política cultural, en suma, al servicio del poder.

La creación literaria y artística, además del proceso de educación de la juventud y de las masas en general, a partir de la revolución de octubre, estuvieron sometidas a los rigores ideológicos de la política en todo momento. En este sentido, ha habido una orientación constante. La doctrina se ha manifestado claramente en esta materia y los sucesivos congresos de escritores soviéticos a partir del famoso de 1934, no han hecho más que confirmar esta línea de conducta —en tiempos de Lenin, Stalin y Breznev, o incluso bajo Krushov, en la URSS o bajo el *deshielo*, más o menos manifiesto en Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, antes y después de la *primavera de*

Praga. En la misma línea se coloca la doctrina de «las cien flores» de Mao, la aventura china de la revolución cultural o la actual «normalización» en el Imperio celeste. Bajo Stalin y Zhdanov en Rusia, la política cultural significó terror, represión, purgas, donde no sólo políticos, militares y tecnócratas perdieron sus cabezas, sino centenares de poetas, escritores, artistas. Durante los años de auge de la tiranía y la «sospecha» stalinista, el predominio de la política en los avatares de la cultura hizo prácticamente imposible la contestación. Dominaron en la cultura los conformistas absolutos de las consignas de los funcionarios y burócratas de la cultura misma. Sobrevivieron silenciosos, como Pasternak. Murieron como mártires, poetas y escritores de talento como Mandelstam y Babel. Sufrieron persecución, años de Lubianka y Siberia, talentos incomparables como Ajmatova, Bulgakov, Zoscenko, Solshenitsin, Nadezda Mandelstam, Eugenia Ginzburg. Todo ello bajo el signo del primer congreso de escritores soviéticos y los dominios de Andrei Zhdanov, brazo derecho de Stalin en materia de cultura. En 1952 tiene lugar el segundo congreso de los escritores que ofrece el primer balance del «realismo socialista» y los primeros síntomas, aunque débiles, de fronda y contestación. Bajo el signo de este segundo congreso aparece la primera publicación contestataria, el almanaque «Moscú literaria». Es la época incipiente de la disidencia con novelas de resonancia como «No sólo de pan se vive», de Vladimir Dudintsev y con el «escándalo» mundialmente resonante del «Doctor Zivago» y el Premio Nobel a Pasternak, compensado luego con el premio de «tranquilidad» nobeliana a Solojov y su «Plácido Don», con plagio o sin él. Aparecerán poetas rebeldes primero, conformistas luego, en la era del «deshielo» hábilmente proclamada por el camaleonismo de Ehrenburg: como Evtushenko y Vozsnejensky. El congreso de 1959, el tercero, realizará un nuevo proceso de «redde rationem». Se entrará en la era grande de Solshenitsin y Sajarov, del «samisdat» y el gran auge de la disidencia, donde las consecuencias grandes de la disidencia misma en la política, el poder las resuelve en buena parte, como dirá Siniavsky en un documento de enorme interés, con el exilio obligatorio como en los años veinte ⁴.

Conviene aclarar, en este contexto, que la creación literaria en Rusia, al igual que las manifestaciones en defensa de los derechos humanos, tienen tres manifestaciones distintas. Una que pertenece a la «galaxia de Gutenberg» con una producción donde el conformismo con las consignas culturales es evidente. Otra que pertenece a la literatura clandestina. Y otra que ha tenido por escenario los procesos contra los disidentes, la mayor parte de ellos literatos y hombres de ciencia, y muy pocos elementos que hayan pertenecido al partido, a la nueva clase o a la nomenclatura, o bien los hospitales psiquiátricos poblados por una especial clientela: «disidentes enfermos mentales no responsables ante la ley por su comportamiento». Tras todo este complicado proceso está lo que se viene en llamar principio básico de la ética soviética analizado ampliamente por Herbert Marcuse en su libro «Soviet Marxism» ⁵. Según Marcuse, todo nace de la abolición de la propiedad privada como «categoría concreta».

⁴ Cfr. ANDREI SINIAVSKY: *La disidencia como experiencia personal*, en «Vuelta», México, núm. 95, octubre 1984.

⁵ Cfr. HERBERT MARCUSE: *Soviet Marxism*, Columbia Univ. Press, New York. Cap. X: «Ética soviética. Politización de los valores».

Desde el momento en que la propiedad privada deja de ser un modo de afirmación y de expresión del yo, todo lo que pertenece a la propiedad privada «se torna politizado, transformado en algo legítimamente asumido por la sociedad». El «*lugar geométrico de la libertad* se desplaza del individuo como persona privada hacia el individuo como miembro de la sociedad, representada por el Estado soviético». También la libertad de creación, entre otras, se transforma en instrumento del Estado. La ética de la libertad y la creación es válida sólo en la medida en que es capaz de hacer triunfar los objetivos y los valores determinados por la Sociedad y el Estado; se trata de una Ética instrumental, una libertad instrumental y una creación espiritual de carácter instrumental.

Todo descansa, según el propio Marcuse, en «una definición simplista y brutal de la moral comunista». Todo inscrito en la ancha concepción del historicismo moral. Un todo, en realidad, como señalaría Popper, donde las consideraciones éticas del llamado historicismo moral, dejarían lugar a consideraciones *científicas*. Estas, al servicio de un poder restringido donde precisamente los impulsos humanistas y éticos de Marx, su «radicalismo» moral serían encajonados en los impulsos de dominio restringido e impenetrable de una clase no menos restringida⁶. Esta «definición simplista de la moral comunista», de la que habla Marcuse, fue establecida claramente por el propio Lenin en un «Discurso» pronunciado ante el Tercer Congreso Nacional de la Federación de Jóvenes Comunistas de Rusia, el 2 de octubre de 1920. Esta «nueva moral comunista» que Lenin proclamaba, llevando todo hacia las raíces de una moral pragmática tan característica de su estrategia del poder, en oposición con la moral idealista y marxista, está subordinada por entero a los intereses de la lucha de clases del proletariado. Se trata de una ética pragmática, al servicio de fines políticos y sociales de una clase que ya estaba detentando privilegios de nomenclatura en tiempos de Lenin. Basta leer los recuerdos de infancia de primera mano de Svetlana Stalin, para saber cómo vivía la clase dominante en Rusia en tiempos de Lenin, en medio de la miseria generalizada y de ataques furibundos a la mentalidad burguesa de los pobres que querían sobrevivir al hambre universalizado y a la miseria, que afectaba incluso a los soldados rojos que luchaban por el triunfo de la revolución. No hay, según el mencionado discurso de Lenin, otra moral que ésta, defendida con «disciplina solidaria y coherente». La ética soviética se impone así como ética absoluta. Ella es instrumental y pragmática. Radicalmente politizada, al igual que la cultura y la creación, en una dialéctica de los medios y los fines cuyo objetivo es uno sólo: *el poder*. Berdiaev define así la situación de la persona sujeto de la libertad creadora en este dramático contexto. Y no es extraño que un escritor disidente como Mandelstam tuviera tanta predilección por los escritos de espíritus como Vladimir Soloviov y Berdiaev. «Cuando la sociedad absolutizada, escribe Berdiaev, se identifica con el Estado, ya no hay salvación para la persona. La sociedad comunista es lo absoluto: ella exige del hombre una subordinación total y la sumisión hasta el fondo del alma. El Estado comunista es tiránico, precisamente porque se identifica con la Sociedad...

⁶ Cfr. KARL POPPER: *La société ouverte et ses ennemis*. Ed. Suil, París, vol. 2, págs. 138 y sigs.